

La naturaleza de la ondina

Lola Alarcia



Capítulo 1

Era joven. Sabía que su vida no había hecho más que comenzar y su pasado era, obviamente, escaso. Su actividad favorita se limitaba a sus paseos diarios. De la casa al manantial. Lloviera, nevase o bajo el sol. Su vida anterior no le interesaba mucho, ¿le gustaba caminar? Le gustaba. Quizá la persona que era antes de olvidarlo todo, no pensaba igual. No sabía nada sobre ella misma. ¿Había amado? ¿Había sido feliz? Cómo era su vida antes de “ahora” seguía siendo un misterio, porque nadie a su alrededor la conocía. Apareció un día, junto al manantial, herida, tiritando de frío y sola. El hombre que la encontró la acogió en su casa, sin preguntas.

Como todos los días, se detuvo frente al manantial y se descalzó. A pesar del frío, adoraba esa sensación húmeda en sus pies. Odiaba tenerlos calientes. Se levantó las faldas, aún así, el bajo se oscureció al rozar la superficie del estanque. Las piedras del fondo, pulidas por el agua, se movían bajo su peso, provocando un sonido amortiguado. Caminó un poco sobre el lecho del lago y volvió a la orilla. Se sentó sobre el musgo que cubría la superficie de las rocas. Sin sacar los pies del agua, se recostó en la piedra y cerró los ojos, quería recordar. Nada. No tenía recuerdos. No había nada anterior al instante en que abrió los ojos y vio frente a ella un rostro hermoso y preocupado. Los ojos de Alejandro le inspiraron calma y seguridad. Su corazón latía muy fuerte, asustada al no recordar, pero, cuando lo vio frente a ella, esa sensación se desvaneció y supo que tenía que marchar con él. Aquel recuerdo le trajo la misma paz que sintió entonces y se quedó dormida.

Soñó con algo horrible. Algo con lo que soñaba a menudo. Estaba en la orilla de un lago y había dos hombres junto a ella, uno de ellos le sujetó los brazos al ver que despertaba y el otro se sentó sobre ella. Intentó deshacerse de él sin éxito. El que la sujetaba le tapó la boca y el otro deslizó su mano bajo las faldas. En su pecho saltó una chispa que prendió con fuerza. Aquella furia que la embargaba la asustó. Su respiración se aceleró y todo se volvió oscuridad.

Despertó y supo que aquello no era un sueño, aquello sucedió el día en que Alejandro la encontró. Ahora lo veía, aunque no lograba recordar nada antes de ese momento en que despertó bañada en sangre.

Le dolía mucho la cabeza y había un olor desagradable a su alrededor. Sintió que tenía las manos pegajosas y al mirarlas se quedó paralizada. Estaban cubiertas de sangre. Miró tras ella, seguía junto al manantial. Y no estaba sola. Había un cuerpo, parte en el agua y parte en la orilla. Algunos restos, que flotaban en el estanque, le hicieron intuir cómo había terminado el segundo hombre. Perlas rojas salpicaban el musgo sobre el que se recostara. El agua teñida de rojo, alrededor de los cuerpos,

desprendía un olor metálico. Se estiró las faldas y se vio cubierta de sangre. ¿Qué había pasado? ¿Por qué no podía recordar?

Se apartó de los cuerpos y trató de lavarse la sangre pegada a su piel. Echó a correr para alejarse, ¿había una bestia cerca? ¿Estaba en peligro? A lo lejos vio casas, pero, no se atrevió a acercarse al pueblo. Le aterraba lo que pudieran pensar al verla cubierta de sangre. ¿La acusarían de la muerte de aquellos hombres? Se adentró en el bosque, sentía náuseas y el olor a tierra mojada era penetrante.

Estaba asustada. No por la sangre, sino por lo que rondaba su mente: no había bestia alguna, había sido ella.

Algunas imágenes fugaces revolotearon en su recuerdo. Vio el horror en el rostro de aquellos hombres que la habían asaltado. Vio sus manos limpias, convertidas en garras que poco a poco se cubrían de sangre. Olió el miedo en el sudor de aquellos diablos y el de su sangre al brotar de las heridas. Escuchó los gritos y su propio rugido. No había bestia alguna en el manantial, la bestia era ella.

Corrió hasta que no aguantó más el dolor de sus pies, en carne viva. Llovía y estaba empapada y aterida. El agua casi había borrado todo rastro de sangre en ella. Estaba agotada, encontró una cueva y decidió dormir un poco.

Despertó con el olor de pan recién tostado. Estaba en un dormitorio. No conocía el lugar y no recordaba cómo había llegado. Salió de la cama y vio que vestía un camisón en lugar de su vestido manchado. Abandonó el dormitorio y bajó las escaleras siguiendo el olor a comida. Estaba hambrienta. Llegó a un pequeño salón. Un hombre atizaba las brasas y le daba la espalda. Al oír sus pasos, se volvió.

—Al fin ha despertado —le dijo—. Debía estar agotada. Mi nombre es Alejandro.

Ella lo miró agradecida, no podía decir mucho, porque no recordaba nada antes de su horrible encuentro. El hombre la invitó a sentarse y le ofreció la comida que había sobre la mesa. Le explicó cómo la encontró y que habían pasado varios días desde entonces.

—¿No recuerda nada? —preguntó intrigado.

Ella negó con la cabeza, no quería que supiera lo que había hecho. Él insistió y ella siguió negando. Cuando terminaron de desayunar la invitó a pasear por los jardines. Entonces descubrió un gran estanque en el patio y se acercó a él. Se descalzó, sin pensarlo, y se adentró en sus aguas con el vestido sujeto para que no se le mojara. El joven la miraba desde la orilla,

sonriendo.

—¿Le gusta el agua? —preguntó.

Ella movió la cabeza sin perder su sonrisa.

—¿No puede hablar? —se interesó.

Ella negó con la cabeza y regresó a la orilla. Si no podría hablar, no le pedirían explicaciones.

—Puede quedarse aquí el tiempo que necesite —la invitó—. ¿Sabe escribir? Me gustaría buscar a alguien que pueda ayudarla y saber su nombre.

Ella negó de nuevo.

Desde ese momento, solo paseaba y se remojaba los pies a diario, como si no pudiera vivir apartada del agua. El joven Alejandro la acompañaba siempre que tenía tiempo y le contaba historias de sus viajes por medio mundo. Ella olvidó poco a poco lo que había pasado y dejó que sus recuerdos se perdieran, temerosa de lo que pudiera recordar.

Un día, Alejandro se marchó a uno de sus viajes y los criados decidieron vaciar el lago para limpiar el lecho. Ella comenzó a pasear por los alrededores, buscando algún riachuelo en el que remojar sus pies, pero el más cercano estaba a casi medio día de la casa y debía levantarse al alba para poder pasar un rato en él. Lo visitó un par de veces, hasta que uno de aquellos paseos se vio truncado por la presencia de unos encapuchados, asaltadores de carretas que se ocultaban en las sombras de los árboles, ocultos a los viajeros.

Ella los vio a tiempo y pudo esconderse entre los matorrales que bordeaban el camino, no así un par de muchachas que venían de lavar la ropa en el río. Desde donde estaba escuchó las risas de aquellos ladrones, mientras las zarandeaban de un lado a otro. Las jóvenes tiraron las ropas aún mojadas al suelo y trataron de huir. Dieron alcance a una de ellas y la tiraron al suelo entre risas y gritos, la otra se detuvo, pero no se atrevía a acercarse.

El recuerdo de lo que le sucedió en el manantial regresó, como si aquellos hombres fueran los mismos que la asaltaron a ella. Sintió que la chispa saltaba de nuevo e incendiaba su pecho. Cerró los ojos. Cuando los abrió, ya no era ella. Su rostro, angelical, se tornó monstruoso. Sus ojos, del color de las aguas profundas, se volvieron rojos y su cándida expresión se volvió terrorífica. Abandonó la protección de los matorrales y corrió hacia los bandidos. El pánico invadió los rostros de todos los presentes, víctimas y verdugos. Soltaron a la mujer y trataron de huir, pero, ella, era más

rápida.

Sus uñas se clavaron en la piel y sus dientes desgarraron la carne. El olor rancio del sudor se mezcló con el metálico de la sangre. Uno de ellos salió volando, golpeándose contra el tronco de un roble. El sonido de su espalda al romperse se escuchó nítido en el bosque. La hierba pisoteada desprendía un olor fresco a clorofila. Se lanzó hacia el otro y clavó sus colmillos en su cuello. La sangre resbalaba por su cara cuando se incorporó en busca del tercero. Lo vio corriendo por el camino, buscando la forma de salvar su vida. Le costó poco alcanzarlo. Clavó sus garras en el vientre caliente del pobre infeliz y las tripas se vertieron sobre la arena del camino entre gritos de dolor que no tardaron en desaparecer.

Se volvió, jadeante, como una loba que acabara de terminar de cazar para sus lobeznos. La sangre cubría su rostro, su pecho y sus manos. La mujer que había sido atacada estaba apoyada contra una encina, con los ojos cerrados, rezando por su vida. La otra, paralizada, las miraba con las rodillas clavadas en el camino. Ella las miró un instante, jadeante, sin entender el miedo en sus rostros. Hasta que fue consciente de lo que acababa de hacer y les dio la espalda. Se acercó al agua y trató de lavarse la cara y las manos, pero, la sangre no se iba. Escuchó los cascos de un caballo y pensó que se le había escapado uno. Si así era, dejaría que le diera muerte, un monstruo como ella no debía vivir.

Se volvió llorando y se encontró con el rostro de Alejandro. La miraba sorprendido, preocupado. Dejó su montura y se acercó a ella. Le sostuvo una mano sin importarle la sangre que cubría su piel y la abrazó con ternura.

—¿Estás bien?

—No.

—¡Puedes hablar! ¿Recuerdas quién eres? —la miró sorprendido.

—Sí —dijo ella llorando—. Mi nombre es Tesenia.

—¿Esto lo has hecho tú?

—Sí —contestó—. Debes matarme —le pidió sacando la espada de Alejandro de su vaina.

—¿Por qué?

—Porque soy un monstruo. Alguien me hizo el regalo de olvidar, pero soy lo que soy y no puedo evitarlo aunque lo olvide.

—¿Y qué eres tú? —le preguntó Alejandro.

—Soy una ondina y mi naturaleza es malvada —se lamentó Tesenia al tiempo que el calor inundaba su cuerpo, la sangre tornaba su mirada carmesí y sus manos se transformaron en garras.

Delante de ella tenía un humano y no podía evitar hacer lo que tenía que hacer.